

hostilidades. Mas él contestó que ni á franceses ni á provenzales la concedería jamas. Motejóle el Conde de soberbio, y le dijo que al año siguiente pondría su Príncipe una escuadra de trescientas velas, y que el Rey Don Pedro no podría presentarle otra igual. *Yo la aguardaré*, replicó: *Dios, que hasta ahora me ha dado victoria, no me dejará sin ella; y yo fio que no osareis combatir conmigo.* Y creciéndole el orgullo con la contestación: *Sabed*, le dijo, *que sin licencia de mi Rey no ha de atreverse á andar por el mar escuadra ó galera alguna: ¿qué digo galera? los peces mismos, si quieren levantar la cabeza sobre las aguas, han de llevar un escudo con las armas de Aragón.* Sonrióse el Conde al oír esta jactancia; y mudando de conversacion, se despidió de él, y se volvió á sus reales.

Con esta respuesta los Generales franceses, obligados á quemar los buques que tenían en Rosas, para que no cayesen en poder del enemigo, desesperanzados de todo socorro por mar, viendo ya entrada la peste en su campo, y enfermo de muerte el Rey, sin embargo que ya tenían ganada á Gerona, se vieron constreñidos á retirarse á su país. Pusiéronse en movimiento para ejecutarlo, y el desorden y el estrago que sufrieron en su vuelta, fueron iguales á la presuncion y pujanza con que entraron. El Monarca aragonés siempre sobre ellos, hostigándolos con encuentros continuos, cortándoles los viveres, no los dejaba ni marchar ni

descansar: y aquel ejército, que contaba por suya á Cataluña, sin haber perdido una batalla, entró en Francia roto, desordenado y disperso, dejando los caminos cubiertos de enfermos y despojos, muerto su Rey del contagio, y con poco aliento en los que se habian salvado para venir otra vez.

Gerona al instante se redujo á la obediencia de Pedro, el cual, libre de los franceses, volvió su ánimo á castigar la perfidia del Rey de Mallorca su hermano. Dispuso á este fin una armada, y dió el mando de ella al Príncipe Don Alonso su hijo. En este estado le acometió una dolencia, de que murió en Villafranca á los cuarenta y seis años de edad. Sicilia conquistada, Nápoles amenazada, su reino defendido de tan formidable invasion, Mallorca castigada, pues se rindió á su hijo, fueron las operaciones brillantes de su reinado. Los aragoneses le dieron el nombre de Grande; y si este título es merecido por el valor, la capacidad y la fortuna, no hay duda en que está justamente aplicado á Pedro III, no solo para distinguirle de los demas Reyes de su nombre, sino de todos los de su tiempo, á quienes se aventajó en muchos grados. Pero despues de la extension que habia dado á sus estados el Rey Don Jayme su padre, mas grandeza y mas gloria hubiera cabido á su sucesor, si empleara en civilizarlos las grandes dotes que empleó en aumentarlos con conquistas tan lejanas, despoblando sus reinos para mantenerlas, y estableciendo aquella série interminable de pre-

tensiones, sostenidas por sus sucesores con ríos de sangre española.

Muerto el Rey, Roger, antes de volver á Sicilia, exigió de Don Alonso, su heredero, palabra Real de ayudar con todas sus fuerzas, y contra cualquiera enemigo, al Infante Don Jayme, jurado ya sucesor en el dominio de aquella isla. Con esta seguridad y pacto se hizo á la vela en su armada, y tuvo el contratiempo de una tormenta, que dispersó los buques, y echó á pique seis en que iban la mayor parte de los tesoros que habia ganado en sus batallas anteriores. Duró el temporal tres dias; y sola la gran diligencia y actividad de los pilotos pudieron salvar la armada que, compuesta de cuarenta galeras, llegó á Trápana en muy mal estado. El Almirante fué por tierra á Palermo, y dió á Doña Constanza la noticia de la muerte del Rey Don Pedro. Al instante su hijo Don Jayme tomó el título de Rey de Sicilia, y se coronó en aquella ciudad; lo cual ejecutado, mandó volver á Roger á España, para que manifestase á su hermano el estado de las cosas de Sicilia y de Calabria; y para que nada se tratase en perjuicio suyo en las negociaciones de paz, que ya mediaban con el Príncipe de Salerno, á quien Don Pedro poco antes de su muerte habia hecho traer á España.

Deseaba la paz el Rey de Aragon para atender á la tranquilidad de sus estados, y quitarse de encima un enemigo tan poderoso como la Francia:

deseábala el Príncipe para recobrar su libertad, y disfrutar de su corona: deseábala tambien el Rey don Jayme para cimentarse en su nuevo estado, que siempre creía le sería asegurado por las convenciones que se ajustasen. Mediaba el Rey de Inglaterra á ruegos del Príncipe; pero á pesar de su influjo y del deseo comun, lo estorbaban las miras del Papa y del Rey de Francia, que no se mostraban fáciles á acceder á las condiciones con que el Rey de Aragon consentia en la libertad de su prisionero. Se ajustaban treguas para hacer la paz, y estas treguas se rompian sin haber concertado nada. El Almirante Roger, en este intermedio, armó seis galeras, y con ellas hizo vela para Aguas-muertas, corrió la costa de la Provenza, combatió á Santueri, Engrato y otros pueblos, hizo grande presa en ellos, y se volvió á Cataluña, sin 1286. que la armada francesa, muy superior en número, pudiese contenerle ni alcanzarle.

En su ausencia, el Rey de Sicilia habia dado el cargo de su armada á Bernardo de Sarriá, uno de los mas valientes caballeros de aquel tiempo, el cual con doce galeras armadas de catalanes corrió toda la marina de Capua, tomó las islas de Capri y de Prochita, entró por fuerza á Astura, y volvió á Sicilia, talando y quemando los casales y tierras de Sorrento y Pasitano, y cargado de un botin inmenso. Estos estragos obligaron á los Gobernadores del reino de Nápoles á aprestar una armada, y juntar gente para invadir á Sicilia: las

atenciones que distraían al Rey de Aragon, la ausencia de Roger, y la inteligencia que tenían en algunos pueblos de la isla, les prometían buen éxito en su empresa, y aplicaron todos sus esfuerzos á conseguirla. Iban por capitanes de la primera armada que enviaron, el obispo de Marturano legado del Papa, Ricardo Murrone, y por Almirante un caballero muy estimado entonces llamado Reinaldo de Avellá. Esta armada arribó á Agosta; y el ejército que llevaba saltó en tierra, puso á saco la plaza, y fortificó el castillo: hecho esto, la armada dió la vuelta á Brindis, donde el grueso del ejército enemigo esperaba para pasar á Sicilia.

La ausencia de Roger había ocasionado gran descuido en los armamentos navales de la isla; y cuando llegó á ella y supo la rendicion y toma de Agosta, empezó al instante á reparar la falta, y á preparar la armada. Los sicilianos, que vieron á los enemigos otra vez dentro de su país, y amenazados del grande armamento que se hacia contra ellos en Brindis, empezaron á culpar de esta situacion al Almirante: la envidia apoyaba la queja, y echándole en cara que por piratear en la Provenza había abandonado las obligaciones de su cargo, osó llevar á los oidos del Rey aquella odiosa imputacion, y calumniarle con ella. Llegó á Roger la noticia de esta maquinacion, á tiempo que se hallaba en el arsenal dando priesa á los trabajos del armamento; y así como estaba, lleno de polvo,

mal vestido, ceñido de una toalla, subió indignado á palacio; y puesto delante del Rey y de aquellos viles cortesanos: *¿Quién de vosotros, dijo, es el que, ignorando los trabajos míos, no está contento de lo que he hecho hasta ahora? Presente estoy, diga su acusacion, y yo le responderé. Si despreciais mis acciones y mis fatigas, por las cuales teneis vida y tesoros; mostrad lo que habeis hecho, y si son vuestras victorias las que os han dado el hogar y la patria en que vivís, el lujo que ostentais. Vosotros os divertíais mientras que á mí me oprimia el peso de las armas; ningun cuidado os agitaba mientras que yo disponia mis campañas; ociosos estábais, y no temí ni la muerte ni la fatiga; yo andaba á la inclemencia del mar, y vosotros estábais abrigados en vuestras casas: un banco de remero era mi lecho, y mis manjares fastidiosos y repugnantes á vosotros, acostumbrados á mesas regaladas; en fin, el hambre y el afán me consumian, mientras que nadando en deleites hallábais vuestra seguridad en mis trabajos. Considerad mis acciones, y ved, si la guerra dura, quién ha de ser el martillo de vuestros enemigos; pues no me dá tanta vergüenza vuestra calumnia, como dolor vuestro peligro, si olvidais lo que valgo, y me desechais de vosotros.* Vuelto entonces á los que le habian acompañado: *Id, exclamó, y traed al instante los testigos de mi valor, los monumentos de mis victorias y de mi gloria: la bandera del Príncipe de Sa-*

*lerno: los despojos de Nicotera, Castrooecchio y de Taranto; los de la Calabria, cuando hice huir al Rey Carlos de Regio; traed las cadenas serviles de los Gerbes; las insignias del triunfo que conseguí en San Feliú y en Rosas, y las riquezas conseguidas en Aguas y en Provenza: traedlas; y pues que aun dura y durará la guerra, si entre estos hay alguno mas valeroso que yo, ese dirija las armas y escuadras de Sicilia, y defienda el estado contra sus enemigos.* La magnificencia y dignidad de sus palabras impusieron silencio y admiracion á toda la corte que le escuchaba; los mal-sines no osaron contradecirle; y él, despreciando sus viles intrigas y su miserable envidia, volvió á entender en la preparacion de la armada, que, á fuerza de su increíble actividad y diligencia, á breve tiempo estuvo dispuesta en número de cuarenta galeras bien pertrechadas.

En ellas se hizo á la vela, y salió á buscar á los enemigos, al mismo tiempo que el Rey, despues de haber asegurado á Catania que tenia inteligencias con ellos, puso sitio sobre la fortaleza de Agosta para arrojarlos de aquel punto, uno de los mas fuertes é importantes de la isla. Los sitiados se defendieron valientemente; pero al fin siendo mucha gente, y faltándoles bastimentos, tuvieron que rendirse á partido de que salvarsen las vidas. Fueron en aquella ocasion hechos prisioneros los tres principales personajes del armamento enviado anteriormente por los Gobernadores de Nápoles,

que eran el Legado del Papa, el General Murroño y el Almirante Reinaldo de Avellá. Entre ellos se hallaba un religioso llamado Fr. Prono de Ay-dona, dominicano, el cual habia traído letras y provisiones del Papa para alterar la isla. Ya anteriormente, venido con la misma mision y cogido, habia sido perdonado generosamente por el Rey, que respetando su estado, tambien mandó ahora ponerle en libertad; pero él quiso mas bien estrellarse la cabeza contra un muro, que sufrir la confusion de parecer á la presencia del Monarca ofendido.

Mientras esto pasaba en Agosta, Roger supo que la mayor parte de la armada enemiga se hallaba en Castelamar de Stabia, esperando tiempo para pasar á Sicilia. Componíase esta de ochenta y cuatro velas, y él no tenia mas que cuarenta; pero llevaba consigo su pericia, su esfuerzo, su fortuna, y sobre todo su nombre. Asi, luego que llegó á Sorrento, envió un esquife al Almirante enemigo, diciéndole que se apercibiese á la batalla, porque él iba á presentársela. Con este aviso los franceses pusieron en orden su armada, en donde iban un número considerable de Condes y Señores provenzales. Colocaron en medio en dos grandes taridas los dos estandartes del Príncipe y de la Iglesia, y vinieron á encontrarse con los nuestros. Roger dispuso sus galeras en orden de batalla, señaló las que habian de guardar el estandarte Real, que colocó en medio, ordenó en

cada buque su terrible ballestería, y dió la señal de embestir. Rompióse la batalla por una galera siciliana, que fué rodeada de cuatro fancesas, y al fin rendida; pero acudieron mas velas españolas y sicilianas, que la represaron. Otras acometieron el centro enemigo, donde iban los Condes; y empeñada así la batalla, los franceses se distinguian por el número y la valentía; los nuestros por la osadía y la destreza. Veíase á Roger armado sobre la popa de su galera animando á sus capitanes, y dirigiendo sus movimientos. A su voz y á sus gritos, que resonaban feroces en medio de aquel estruendo, los suyos se alentaban, y se estremecian los enemigos. Declaróse en fin la fortuna por la pericia: su misma muchedumbre impedía á los franceses maniobrar con acierto; y moviéndose tumultariamente y en desórden, mas parecia que peleaban por conservar el honor que por alcanzar la victoria. Los nuestros, que sintieron su desconcierto, empeñaron mas la accion, y empezaron á hacer grande estrago en ellos; que ya desbaratados y confundidos no osaban hacer resistencia. Derribados los dos estandartes, vencidas y ganadas las galeras en que iban los Condes y gente principal, apresadas cuarenta y cuatro, el resto se puso en huida con Enrique de Mar, hombre muy diestro en escaparse de estos peligros. Roger envió á Messina las galeras apresadas con cinco mil hombres que tomó en ellas, y se puso otra vez á vista de Nápoles, que alborotada con tan grande derrota,

se volvió á alterar y aclamar el nombre del Almirante español.

1287.

En tan gran conflicto los Gobernadores del reino tomaron el partido de asentar treguas con Roger. Este creyó que la suspension de armas sería útil al Rey, y la ajustó por un año y tres meses, exigiendo que se le habia de entregar la isla y fortaleza de Iscla, que habian cobrado los franceses: pero Don Jayme no quiso confirmar esta convencion, hecha sin consulta suya, y se tuvo por mal servido del Almirante; á quien al instante empezó á acusar la envidia, imputándole que se habia dejado ganar por dinero de los enemigos. Él envió un comisionado suyo al Rey de Aragon para que la confirmase por su parte: mas tampoco vino en ello este Monarca, ya prevenido por su hermano; y le respondió que él la aceptaría y guardaría si Don Jayme la admitiese.

Al año siguiente de 1288 consiguió su libertad el Príncipe de Salerno, bajo las condiciones siguientes: que pagase veinte y tres mil marcos de plata, diese en rehenes á Roberto y Luis sus hijos, y alcanzase del Papa y el Rey de Francia una tregua de tres años, en la que habia de entrar el Príncipe mismo. Otras muchas convenciones hubo, que no son de este propósito; baste decir que Nicolao IV, Pontífice entonces, y el Rey de Francia no las aceptaron: que el Príncipe fué coronado por el Papa mismo Rey de Sicilia, y Señor de Puglia, Capua y de Calabria; y que la guerra volvió

á encenderse con mas furor que nunca. El Rey Don Jayme pasó con su ejército á Calabria á reducir los lugares que se le habian rebelado en aquella provincia; y con intento de dirigirse despues á sitiar á Gaeta. Escarmentados y reducidos muchos pueblos y fortalezas, y arrojado de allí el Conde de Artois, que habia con un grueso ejército querido hacer frente á los nuestros; Don Jaime se dirigió á la playa de Belveder para combatir el lugar, que era muy fuerte. Hallábase allí el Señor de él Roger de Sangeneto, que habiendo sido antes prisionero del Rey de Aragon, por medio del Almirante habia conseguido su libertad, haciendo homenaje de reducirse él y sus castillos á la obediencia del Rey, y dejando en rehenes para seguridad dos hijos que tenia. Pudo mas con aquel caballero la fé jurada á su primer Señor, que el amor de sus hijos; y al punto que se vió libre, siguió haciendo toda la guerra que podia desde sus posesiones. Fué, pues, combatido con el mayor teson el castillo de Belveder; pero Sangeneto se defendia valerosamente, y con una máquina bélica que tenia en la muralla, dirigida contra la parte del real donde se ballaba el Rey, hacía en los sitiadores un estrago terrible. El Almirante, que asistia á Don Jaime en toda aquella expedicion, acudió entonces á uno de los medios condenados en todos tiempos por el derecho de gentes, y abominados de la humanidad y de la justicia. Armó una polea con cuatro remos, y puso en alto sobre

ella al hijo mayor de Sangeneto, haciéndole blanco de los tiros de la máquina. Todos los triunfos de Roger de Lauria no bastan á cubrir la mancha que deja en su carácter semejante atrocidad, y todo su heroismo se eclipsa delante de la entereza de aquel infeliz padre, que, sordo entonces á los gritos de la sangre, mandó esforzadamente que la máquina siguiese su ejercicio. Cayó el mozo inocente á la violencia de un tiro, que le dividió en dos partes la cabeza, y parece que su desgracia despertó en el bárbaro Roger algunos sentimientos de virtud. El cadáver, cubierto con una rica vestidura, fue enviado al padre; y Don Jaime, no queriendo perder mas tiempo delante de aquella fortaleza, levantó el sitio, y envió á Sangeneto el otro hijo que tenia en su poder. 1289.

La armada y el ejército se dirigieron despues á Gaeta, en cuyo puerto entraron sin oposicion. El Rey intimó á la plaza que se rindiese; y á la repulsa arrogante que de ella recibió, mandó hacer todos los preparativos del sitio, y comenzó á combatirla. El Rey de Nápoles acudió al instante á la defensa con un ejército poderoso, cifrando los dos Monarcas rivales su reputacion y su fortuna en el éxito de aquella empresa. El de Sicilia tenia á su favor la compañía de los mejores capitanes del mundo, victoriosos por mar y por tierra, y el empeño de salir con una empresa, la primera en que empleaba su persona; mientras que al de Nápoles instigaba el ansia de reparar los daños y afrentas

recibidas, el deseo de dar reputacion al principio de su reinado, y la esperanza que tenia en el brillante ejército que habia juntado en Provenza y en Italia, mandado por uno de los mejores Generales de aquel tiempo, que era el Conde de Artois. Al principio los franceses embistieron la parte oriental del campamento siciliano, donde se hallaba el Almirante Roger, y fueron rechazados y obligados á retirarse del combate. Pero sus fuerzas iban cada dia aumentándose con auxilios que les venian del partido Güelfo en Italia; y los nuestros parecian ya mas sitiados que los de Gaeta. Una batalla era inevitable en esta situacion, y de ella iba á depender el destino de Nápoles y de Sicilia. Pero el Rey de Inglaterra, continuando el bello papel de pacificador con que se mostró en estas sangrientas alteraciones, envió un embajador al Papa, exhortándole á que procurase algun concierto entre los dos Príncipes: el Papa condescendió con los deseos de aquel Monarca, y envió un legado á Gaeta, el cual, con el embajador inglés, persuadió á los dos Reyes que asentasen treguas por dos años, con la condicion de que el de Nápoles levantase primero su real. Así lo hizo; y tres dias despues Don Jaime se volvió con su armada y ejército á Sicilia.

Mas, á pesar de estas ventajas y mediaciones, la suerte de los infelices sicilianos iba á conducirlos al riesgo de volver al yugo de sus antiguos opresores. Ellos no tenian otro escudo ni otros va-

ledores que las fuerzas de Cataluña y Aragon, y éstas iban á faltarles, y quizá á volverse en contra suya. El Rey Don Alonso, no juzgándose bastante fuerte para hacer frente á un tiempo á la Francia, á las disensiones intestinas movidas en sus estados por los ricoshombres, celosos de la conservacion de sus fueros y privilegios atropellados por el Rey difunto, al rompimiento que amenazaba de parte de Castilla, y á sostener el estado de Sicilia contra las fuerzas de Nápoles, del Papa y del partido Güelfo en Italia; tuvo por mas conveniente dar la paz y la tranquilidad á sus estados, que sostener sus pretensiones á costa de una guerra á la cual no veia fin. Hizo, pues, la paz con sus enemigos, ofreciendo, entre otras condiciones, renunciar su derecho á los estados de Sicilia; sacar de allí sus fuerzas y sus Generales; persuadir á la Reina su madre y á su hermano que abandonasen el pensamiento de mantenerse en el dominio de la isla; y aun obligándose, en caso necesario, á arrojarlos él mismo de allí con sus propias fuerzas. Mas cuando Cataluña y Aragon empezaban á respirar con la esperanza de la paz, y aquel Príncipe se disponia á celebrar sus bodas con una hija del Rey de Inglaterra, falleció arrebatadamente en Barcelona á los veinte y siete años de su edad en 1291. Su muerte fué generalmente sentida así por su amor á la virtud, á la justicia y á la liberalidad, en la cual fué muy señalado, y obtuvo por ella el sobrenombre de *Franco*, como por ha-

ber mostrado la paz al mundo, segun dice Mariana, si bien no se la pudo dar. Llamó por su testamento á sucederle á su hermano don Jaime, con tal de que dejase el reino de Sicilia á Don Fadrique, substituyendo á éste en primer lugar en la sucesion, y despues de él al Infante Don Pedro, en caso de que Don Jaime prefiriese quedarse en Sicilia. Pero este Príncipe, luego que supo la muerte de su hermano, se hizo á la vela para España; y celebró su coronacion en Zaragoza, protestando en este acto que no recibia los reinos y señorios por el testamento de su hermano, sino por el derecho de su primogenitura. Con esto anunció que tambien queria quedarse con los estados de Sicilia y de Italia; y al instante empezó á tomar medidas para la seguridad y defensa de ellos.

Dió el cargo de Gobernador y General de Calabria á Don Blasco de Alagon, hombre de un esfuerzo á toda prueba, y de una capacidad y prudencia consumada. Este guerrero, despues de haber, con su sagacidad y moderacion, establecido la autoridad y preeminencia de su encargo en las tropas de la provincia, que se rehusaban á obedecerle; retó á los franceses que el Rey de Nápoles tenia tambien en Calabria, y los desbarató, haciendo prisionero á su General Guido Primerano. Esta victoria aseguró la provincia del estrago que los enemigos hacian en ella; y acabó de afirmar la autoridad de Don Blasco. Mas como nunca fal-

ten envidiosos al mérito, cuando se levanta, fué acusado ante el Rey de haber tomado á Montalto, quebrando la tregua que habia con los enemigos, y de haber batido moneda en desdoro de la preeminencia Real. Mandado venir á la corte para responder á estas acusaciones, obedeció, y vino á España; pero antes hizo homenaje al Infante Don Fadrique, Lugarteniente de su hermano en aquellos estados, de que luego que hubiese dado los descargos á las culpas que se le imputaban, y satisfecho su honor, volveria á la defensa de Sicilia.

Roger de Lauria en este intermedio, despues del sitio de Gaeta, habia corrido con una armada las costas de África, y tomado á Tolometa por asalto. Enviado á España por Don Jaime, á ruegos de Don Alonso, para asegurar las costas, al instante que murió este Príncipe, navegó hácia Sicilia, de donde vino acompañando al nuevo Rey; mas luego, por su mandado, volvió á hacer vela para la isla á defender sus mares y los de Calabria. Mandaba por los franceses en esta provincia Guillen Estendardo, el cual, teniendo noticia de que la armada siciliana iba á surgir junto á Castella, puso en celada cuatrocientos caballos en aquella marina, esperando sorprender á Roger. Mas éste, que prevenia siempre los accidentes, y vencia las asechanzas con ellas, hizo desembarcar su gente con tanto concierto como si tuviesen delante los enemigos. No pudo Estendardo excusar